

Llamado nocturno

Aslı Erdoğan

Una mujer escribe a lo largo de la noche, rodeada por los ecos de una ciudad sombría en la que adivinamos el rostro de Estambul. La célebre autora de la novela de la que procede el siguiente pasaje está en arresto domiciliario desde el año pasado y este mes de junio irá a juicio en su natal Turquía: uno de los países que más escritores encarcelan en el mundo. Vaya con estas líneas nuestra solidaridad hacia ella y hacia todas las voces que los regímenes totalitarios tratan de silenciar.

Estoy aquí, dentro de la noche, mi propia noche donde entré como se entra en una tienda de campaña... Aquí, es una habitación color ámbar alumbrada por la luz cruda de una bombilla, totalmente recubierta con papeles. El papel, la palabra, la letra, el signo, el icono, el símbolo... Sin recuerdos, sin seres humanos. Más que alumbrar, la luz, color oro, parece enmarcar la oscuridad, llamar a las sombras para amontonarlas en las esquinas vacías. Siete tazas frías acorralan mi silencio y los ceniceros desbordados. Me siento como los vestigios de una época pasada desde hace mucho, rodeada de papeles que se yerguen por todas las orillas. Esto es un sentimiento amargo, tan denso como el poso de café y cuando lo alumbro con la luz de las palabras, invoca una sombra aún mayor: mi soledad...

La noche enrarece las calles a gran velocidad, enfría el ambiente y alarga las sombras. La oscuridad invade colinas gigantes, se extiende sobre las plazas, las avenidas, se engancha en torno a la ciudad como una yedra, no deja de crecer. Las palabras, exhaustas de tanto servir durante el día, se arrastran suavemente hacia el mar. Con un silbido trepado al viento de la noche, el barco abandona el puerto. Una paloma despierta brutalmente y llama, asustada, a su macho. Contemplo la noche tras la ventana. De esta ciudad,

cuya historia se remonta a la noche de los tiempos, no quedan sino unas luces temblorosas que titilan a lo lejos, parpadean con suavidad... ¡Mi ciudad! Ahora ofrece una imagen tan engañosa, casi tan trémula como su reflejo en el agua. El sueño se desploma sobre la vida, cierra uno a uno los ojos curiosos que observan la noche. De la realidad inundada por el agua no queda sino eso, esta sola imagen, enmarcada por la oscuridad, que brilla sobre el suelo rudo y se mezcla con el reflejo de mi rostro. Sin embargo, mis ojos no quieren esta luz, quieren la verdad, la vida real con toda su hipocresía, su miseria, su tumulto y su esplendor... Pero aquí estoy, entre ayer y mañana, entre lo que se acabó y lo que aún no ha empezado, en medio de todo lo que quizá no empezará jamás...

Entre mi rostro verdadero y su reflejo en el vidrio, entre el tiempo y la nada, rodeada de todo lo que no puede decirse con palabras... estoy aquí en esta hora oscura en la que habría deseado estar en otra parte, en otro tiempo. Estoy en la noche, siempre la misma, la noche ambarina...

La torre de la iglesia, con trescientos años, se yergue como una predicción, cierra por adelantado los caminos del mañana con la sombra gigante del árbol de haya que se cierne sobre ella. Una gaviota bate sus

alas plateadas bajo el pálido claro de luna, los gatos se pasean discretamente sobre los tejados, las palomas y los ladrones se reparten los rincones del mundo esférico de los hombres. Mis ojos que rastrillan la oscuridad como un par de proyectores débiles —¡mi oscuridad!— chocan con los ojos sellados de la ciudad. Las piedras no reflejan nada, ni siquiera el silencio... Las horas de la noche se precipitan como aves de rapiña sobre mi corazón desgastado para arrancarle unas palabras. Mis manos, clavadas en el papel, están buscando palabras que los labios no consiguen pronunciar. Las manos están mucho más lejos del alma que los labios, por eso les cuesta más trabajo mentir. Mis manos son talentosas como un ladrón que cambia el claro de luna, más cortantes que las navajas que laceran mi corazón. Nubes de otoño, curvadas por su peso, invaden el cielo como un soplo nocturno, sólo dejan una estrella que brilla, ni siquiera su soledad me consuela. Un gatito enfermo tose con dolor, hasta vomitar, vomita muerte pura sobre la tierra, desesperado, hurga en el corazón frío de la ciudad.

Una voz, una voz que sigue los caminos de la noche, me llama... Pero no tengo suficientes fuerzas. Ni suficiente tiempo. Haría falta una mirada infinita para ver en esta oscuridad... Mientras que yo no puedo sino detenerme aquí, no puedo sino darle un nombre a este lugar. “La felicidad”, por ejemplo, o lo contrario. Puedo decir “La vida”. O lo contrario... Mi mano, cuya sombra cubre toda la hoja, reparte palabras que considera suyas, mientras que un gato que aúlla de dolor hurga en la tierra de los hombres.

Lejos, muy lejos, hay una luz púrpura en el horizonte. Quizás el primer grito del día que espera nacer, o el grito victorioso del gato que, una vez más, escapará a la muerte, esta noche...

La luna, lejos de mí, desaparece súbitamente en silencio. La última gota amarga, densa y fría de la noche. Saboreo esa última hora, vacía. El tiempo innombrable. Las voces humanas callaron, todo lo que tranquilizaba un poco, apaciguaba, recordaba el mundo perturbado, vivaz del día, los pasos, las risas, los frenazos y los bocinazos, las llaves girando en las cerraduras, los gritos falsos y los verdaderos, todo lo que yo escuchaba, esperando una identificación, una solidaridad... Cada uno está ahora en la carpa de su propio sueño, incluso los cuerpos enlazados como hiedra bajo la capa de la pasión... Todos los que recorrían los abismos de la noche, los ladrones, los borrachos, los indigentes, uno por uno, llegaron al corazón del laberinto y se quedaron ahí, congelados. Las mujeres se



limpian el maquillaje frente al espejo y se desean “buenas noches”... pisan los últimos cigarrillos mucho antes del final, en medio de la noche que termina sin haber cumplido sus promesas. Una cabeza atormentada por tanto buscar la última frase cae sobre la carta que nunca será enviada. El sueño, con las manos hundidas en guantes blancos, consoló a los enfermos incurables antes de apropiárselos para siempre; sueños sobre la vida perfuman como un viento fresco los dormitorios impregnados de un pesado olor humano... Los vasos están lavados, los ceniceros y platos limpios, lo no dicho se mezcla con las últimas gotas vacías. Las pestañas, embebidas de rímel desde la raíz, se cierran; una cortina de terciopelo negro se extiende entre la oscuridad del mundo y los ojos incapaces de mirarlo; un pájaro nocturno canturrea al volver de una cacería, en su sueño apartado, la víctima y el verdugo son esclavos de la misma sangre. La noche juega su última carta, vuelve a llamar a la luna y deja una estrella tras de sí, única y vacía, parecida a un muerto, que conduce a los otros muertos; llama a los hombres hacia sus sueños más verdaderos, los que no se olvidan, los que marcarán el nuevo día. Como la estela de las olas después de la tormenta. Las palabras despliegan sus alas plateadas hacia la estrella única y lejana, y todos cuentan la misma historia, la de la derrota humana. **U**

Este fragmento procede de *Gecede sana sesleni yorum / Je t'interpelle dans la nuit*. Traducción del francés de Aída Alcaraz. Nouvelles traduites du turc par Esin Soysal-Dauvergne. Édition bilingüe.

© meet, 2009.